

SABERES

Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales

VOLUMEN 6 ~ AÑO 2008

Separata



Violencia y eclipse del espíritu
La educación de los deseos en una cultura de la paz

Liliana Irizar
Camilo Noguera Pardo



UNIVERSIDAD ALFONSO X EL SABIO
Facultad de Estudios Sociales
Villanueva de la Cañada

© Liliana Irizar; Camilo Noguera Pardo

© Universidad Alfonso X el Sabio
Avda. de la Universidad,1
28691 Villanueva de la Cañada (Madrid, España)

Saberes, vol. 6, 2008

ISSN: 1695-6311

No está permitida la reproducción total o parcial de este artículo ni su almacenamiento o transmisión, ya sea electrónico, químico, mecánico, por fotocopia u otros métodos, sin permiso previo por escrito de los titulares de los derechos.

Violencia y eclipse del espíritu.
La educación de los deseos en una cultura de la paz

Liliana Irizar
Camilo Noguera Pardo¹

RESUMEN: Actualmente la violencia se expresa a través de diferentes manifestaciones, de las cuales la máxima expresión es el terrorismo. Pero la raíz de todos los tipos de violencia se encuentra en el eclipse del espíritu que es un resultado de la exaltación del deseo. De modo que, es necesario educar las emociones por medio del cultivo de las virtudes éticas con miras a construir una cultura de la paz.

PALABRAS CLAVE: educación, virtud, paz, violencia, exaltación del deseo, eclipse del espíritu.

***ABSTRACT:** Today violence manifests itself in many different ways; the most extreme case is terrorism. But the root of all them is the eclipse of spirit which is a result of the exaltation of desire. Thus, it is necessary to educate emotions through ethical virtues in order to build a culture of peace.*

***KEY-WORDS:** education, virtue, peace, violence, exaltation of desire, eclipse of spirit.*

SUMARIO: 1- La violencia lúdica. 2- Educar los deseos en un horizonte de sentido.

¹ Liliana Irizar es docente investigadora y dirige el grupo de investigación Lumen, Escuela de Filosofía y Humanidades, Universidad Sergio Arboleda, Bogotá, Colombia. Camilo Noguera es estudiante de Derecho de la Universidad Sergio Arboleda, e integrante del grupo Lumen.

El fenómeno, relativamente reciente, del terrorismo internacional ha despertado un interés inusual y creciente por el tema de la violencia en los representantes de diversas disciplinas –sociología, política, filosofía, antropología-. Además, lo que reviste de especiales matices el actual contexto es la singular circunstancia de que la cultura contemporánea no se caracteriza simplemente por el hecho de servir de escenario a apocalípticos brotes de violencia, si bien ocasionales y esporádicos. Por el contrario, se puede afirmar de antemano que lo que define a la actual coyuntura histórica es, en rasgos generales, la tendencia muy difundida a tolerar de modo impasible que la violencia invada, con pretensiones de instalarse allí definitivamente, las diferentes instituciones y prácticas sociales. Basta con pensar en los medios de comunicación; en los, presumiblemente, modos de esparcimiento que se ofrece a los jóvenes; en las pandillas callejeras; en la tecnología y su avance agresivo sobre el medio ambiente y, hoy ya sin mayores escrúpulos, sobre los seres humanos a través de la biotecnología. El terrorismo no es más que un síntoma –singularmente estrepitoso- del estado de descomposición ética en que se encuentra el mundo humano o, lo que es lo mismo, la manifestación más sorprendente de un profundo proceso de *deshumanización* generalizado.

Jesús Ballesteros (2006), en su reciente y magnífica obra afirma que

Tanto la etimología como el uso ordinario de la palabra violencia implican la negación del respeto debido a una persona o a una regla. Así, el verbo latino *violo*, del que procede, significa maltratar, ultrajar, deshonorar o profanar, es decir, lo contrario del verbo *parco*, que equivale a respetar, cuidar, perdonar... La violencia aparece así como negación del reconocimiento debido a la persona por el mero hecho de ser tal, como negación de lo que en la persona hay de sagrado e inviolable: su vida y su dignidad personal. (pp.17-18)

La definición de violencia anotada, en la que se basarán estas reflexiones, abre una perspectiva sumamente amplia respecto de lo que pueden constituir expresiones de violencia. Todo atentado contra la dignidad de la persona cabe traducirlo, en mayor o menor grado, como acto violento. Una variada gama de ultrajes al ser humano aparecen así como exteriorizaciones de violencia: desde el maltrato físico al agravio verbal, pasando por los diversos condicionamientos impuestos a la libertad tanto como el ultraje procedente de la injuria que desacredita el nombre personal. En todos los casos mencionados, es posible observar un idéntico modo de proceder que permite reunir dichas acciones bajo el común denominador de

violentas: el irrespeto o menosprecio de un ser –la persona humana- que es acreedora de respeto absoluto, esto es, sin condiciones.

No sin razón la actual cultura, fácilmente caracterizable como esencialmente violenta, se destaca al mismo tiempo e infortunadamente por su progresiva negación de la dignidad humana, reflejando índices crecientes de atropello a dicha dignidad. Y es que negando al otro su condición sagrada de ser personal, se lo despoja del blindaje que lo protege contra las agresiones más diversas. Queda, así, reducido a simple medio al cual se puede *usar, dominar, explotar* y, dado el caso, *eliminar*.

Dentro de este marco doctrinal respecto de lo que es posible entender por violencia y por actitudes violentas, las dos líneas centrales de este trabajo pueden resumirse del siguiente modo. Por un lado, se intentará hacer perceptible la tesis acerca de que la raíz más profunda de la violencia contemporánea se encuentra directamente relacionada con lo que se denominará aquí *eclipse del espíritu*. Se trata de un oscurecimiento de <<lo más divino que hay en nosotros>> (Aristóteles, trad. 1993), según la memorable frase aristotélica, y que una de cuyas causas hay que buscarla, a su vez, en la primacía que se ha ido confirmando al deseo, es decir, a lo puramente emocional en desmedro de la innata capacidad humana de pensar, más aún, de contemplar.

Precisamente la violencia se abre paso en una cultura cada vez más resignada a vivir bajo la compulsión del instinto. De ahí que, en este mismo orden de ideas, resulte válida una reflexión en torno a la necesidad de instaurar una pedagogía del deseo, de ningún modo para eliminarlo (tarea, por otra parte, poco razonable a *fuera* de imposible) sino para encauzarlo situándolo en la línea de lo humano, esto es, al servicio y, por lo mismo, en una sintonía tan completa como sea posible con la racionalidad. Ciertamente, el deseo desbordado, y excitado de modo sistemático a través de fórmulas y estrategias diversas, tiene mucho que ver con este clima de violencia generalizada apuntado. Es lo que tratará de ponerse de manifiesto en estas páginas.

1- La violencia lúdica

Ahora más que nunca es urgente un instrumento de iluminación del porvenir, que conduzca a cada ser humano al reencuentro consigo mismo. Es decir, a un rebrote de humanidad o de espiritualidad que sólo puede proceder de la interioridad de cada hombre y de cada mujer.

Cada vez se hace más patente cómo las esferas de lo bueno y de lo malo carecen de una línea divisoria nítida. Pareciera que la sensibilidad –privada como está, de todo contorno de significación racional- se hubiera entronizado en aquella *medida de todas las cosas* que proclamara Protágoras en la *República* de Platón (trad. 2003).

Se padecen hoy problemas epistemológicos serios que se traducen inequívocamente en la conciencia individual, en las convicciones (¿o, más bien, convenciones?) personales y, finalmente, en la actuación. La intencionalidad del hombre evidencia, a un ritmo demasiado acelerado, una arista de agresividad que desafía cualquier tipo de valores o principios primeros indisponibles. Lo grave es que de seguir así, de continuar por esta pendiente de la *nada*, por este desorden de pensamientos, por esta corrupción de sentimientos, se acabará en un *suicidio* inevitable, no por intangible o incruento menos trascendente. Porque si bien el espíritu es por naturaleza indestructible, no obstante, está expuesto a la degradación, es decir, a declinar imperceptiblemente por falta de ideas y de ideales grandes. Se trata de un ocaso que, además, paulatinamente se traslada al diario vivir; volviéndose tangible en las reacciones y relaciones de cada uno.

Es preciso recuperar con urgencia la *conciencia del límite*, es decir, la saludable sensatez de aceptar que no todo procede de las invenciones o de las convenciones humanas. Lo cual equivale a revigorizar en el hombre y la mujer la pasión por la verdad. Sin este motor, del que se nutre y vive todo ser humano, es fácil caer en el actuar inauténtico denunciado por Heidegger.

La verdad, según la sabia enseñanza de los clásicos, es la adecuación de la inteligencia con la realidad. Por tanto, el ser humano sólo conoce, y *se* conoce, cuando da con la verdad. Sin verdad no hay conocimiento (Tomás de Aquino, trad. 2001), sino que se abre paso a un simple juego de intereses, ya sea individuales o de grupo, pero en todo caso, de espaldas al auténtico bien personal y social.

No es extraño, por tanto, que la actual crisis de verdad se exprese en todo un talante vital generalizado que se puede denominar “glorificación del yo”; reducido éste, a su dimensión sensitiva y emocional. Pues bien, esta *apoteosis del egoísmo*, se encuentra íntimamente ligada con un tipo especial de violencia, la violencia <<lúdica>> (Ballesteros, 2006, p.35) la cual brota básicamente de una concepción del mundo, es decir, que surge de un modo de percibir cosas y personas que se rige por los cánones del relativismo nihilista y los del consumismo hedonista.

Se puede sostener que el consumismo se encuentra en la raíz de un estilo de violencia, particularmente presente en las grandes ciudades, probablemente más peligroso por lo sutil y que es posible encuadrar bajo la categoría más amplia de violencia lúdica. Es la violencia que comparece asociada con la *mimesis adquisitiva*, un fenómeno que René Girard (1977) ha analizado con una profundidad y lucidez poco usuales.

El rival –escribe Girard- desea el mismo objeto que el sujeto, y afirmar la primacía del rival puede llevar sólo a una conclusión. La rivalidad no surge a causa de la fortuita convergencia de dos deseos que confluyen sobre el mismo objeto; más bien, el sujeto desea el objeto porque el rival lo desea. Deseando un objeto, el rival alerta al sujeto de la deseabilidad del objeto. El rival, entonces, sirve como un modelo para el sujeto, no sólo con relación a materias secundarias tales como el estilo y las opiniones, sino también, y más esencialmente, respecto de los deseos. (p. 145)

En efecto, la teoría mimética de René Girard ha develado que el deseo humano es, en buena medida, triangular. Esto es, no se apetece la cosa tanto por sí misma, sino más bien porque el otro la tiene. En la relación deseo-cosa media un tercero que se convierte, según Girard, en el verdadero objeto de deseo. Se aspira a ser como él, imitarlo² y para eso es necesario tener lo mismo que él tiene. Pues bien, esta compulsión que es fuertemente estimulada por la sociedad de consumo, acaba en violencia:

[...] el deseo desbordado, que nos lleva a querer precisamente aquello que otros quieren, como demuestran los fenómenos de la invasión publicitaria y del consumismo [...] conduce a la violencia generalizada, tanto en las sociedades tradicionales como en las que hoy habitamos. Y la solución a la violencia se busca en el sacrificio, en la inmolación de algún individuo o grupo que desempeña el papel de “chivo expiatorio”. (Llano, 2007)

Las desconcertantes manifestaciones de violencia urbana y los casos cada vez más generalizados de violencia intrafamiliar, permiten verificar la tesis de Girard.

Lo cierto es que las sugerencias procedentes de la sociedad de consumo y *de la imagen* harían menos efecto en los ciudadanos de poseer éstos un contrapeso fuerte de aptitud reflexiva y de consistencia espiritual. Porque el deseo, concretamente el deseo mimético, enseña Girard (1996), en sí mismo no es malo, “puede convertirse en malo si suscita las rivalidades, pero no es malo en sí mismo, es incluso muy bueno, y, felizmente, los hombres no

² Mimesis es una palabra griega que significa imitación.

pueden renunciar a él más de lo que lo puedan hacer con la alimentación o el sueño” (p.55). Sin embargo, se convierte en germinalmente peligroso cuando se inscribe en una existencia que languidece por su falta de hondura y su impotencia para remontarse más allá de noticias, impresiones, sucesos y sensaciones. Ciertamente, el deseo excedido, al magnificar la importancia intrínseca³ de lo que se anhela, impide la apreciación de las cosas en su justa valía. Se suma a esto, la ausencia de un horizonte de trascendencia bajo cuya luz se puedan someter los deseos y valoraciones personales. De ahí que los convencionalismos y el recurso a los expertos suelen ser el último expediente desesperado al que se acude en busca de *soluciones* (Girard, 1977).

Avanzando hacia las raíces más hondas de las diversas manifestaciones de violencia mencionadas es posible descubrir, tal como se ha apuntado, el mensaje presentado por dos ideologías íntimamente emparentadas: el nihilismo y el relativismo. En los supuestos teóricos que sirven de sustento a ambos modelos palpitan las diversas formas de agresión que se han venido explorando y aún otras.

Con el fin de verificar dicha afirmación, se comenzará por registrar las notas dominantes que caracterizan al nihilismo. Según ha escrito a Mariano Fazio (2002):

El nihilismo contemporáneo presenta dos facetas fundamentales. Por un lado, desde una perspectiva más existencial, el nihilismo se concreta en una crisis de sentido: muchos hombres no saben cuál es el significado último de la existencia humana. Por otro lado, desde un punto de vista más teórico, el nihilismo se concreta en una especie de escepticismo radical del hombre frente a la posibilidad de conocer la verdad. (p. 20)

Tal crisis de sentido resulta evidente si se tiene en cuenta que la ideología nihilista se caracteriza por arrancar del suelo vital el arraigo humano que representa la aceptación de un horizonte de valores absolutos. Así se lee en uno de los más ardientes paladines del nihilismo contemporáneo, Gianni Vattimo (1986), que <<en esta acentuación del

³ “En razón de su naturaleza mimética, los deseos concurrentes se exasperan y los objetos disputados ven aumentar su valor a los ojos de los dos rivales, incluso si la elección inicial, más o menos aleatoria, no tenía casi significación.” “En raison de leur nature mimétique, les désirs concurrents s’exaspèrent et les objets disputés voient leur valeur augmenter aux yeux des deux rivaux, même si le choix initial, plus ou moins aléatoire, n’avait guère de signification.” La voix méconnue du réel; Paris, Éditions Grasset & Fasquelle, 2002, p. 202.

carácter superfluo de los valores últimos, está la raíz del nihilismo consumado>> (p.27).

Ahora bien, la drástica negación de Dios (lo cual constituye la entraña conceptual del nihilismo⁴) conduce necesariamente a erigir otro *absoluto* que lo reemplace. Por lo regular, se trata del propio sujeto y su voluntad de dominio; sus caprichos o sus veleidades hedonistas. Y tal como observa el profesor Alejandro Llano (1985),

Cuando el hombre decreta que el Absoluto trascendente es ilusorio, su propia actividad se torna absoluta y es incapaz de reconocer normas que no coincidan con las leyes del poder puro. Tal es la raíz última del actual fenómeno de la violencia, esencialmente distinto del recto uso de la fuerza. (p.19)

Tan estrecho es el vínculo entre violencia y nihilismo que éste aparece muy directamente asociado también al terrorismo. En opinión de algunos estudiosos del tema, el terrorismo suicida es resultado no tanto de las creencias islámicas como del nihilismo occidental que ha llegado a afectar profundamente a los terroristas islamitas que viven aislados en las grandes ciudades europeas. Como precisa Jesús Ballesteros (2006):

Lo esencial para la aparición de la mentalidad terrorista es el sentirse aislado y necesitar pertenecer a un grupo. Por ello, en muchos casos, el terrorismo tiene carácter enteramente laico lo que explica la presencia de mujeres entre los terroristas suicidas; ellas no se suicidan motivadas por causas religiosas, ya que a ellas el Corán nunca les ha prometido setenta efebos en el paraíso. Lo hacen por deseo de venganza por los atropellos sufridos [...] (p.81)

De otra parte, el relativismo⁵ entendido como relativización de la verdad --especialmente de la verdad ética-- constituye un correlato obligado del nihilismo: si no existe un patrón absoluto de referencia de nuestras actuaciones, se sigue de ahí necesariamente la desintegración de los valores objetivos, que pasan a ser sustituidos por los gustos y preferencias personales. En el marco de este ocaso de la verdad y del bien objetivo, cosas

⁴ En efecto, “para Nietzsche todo el proceso del nihilismo puede resumirse en la muerte de Dios o también en la ‘desvalorización de los valores supremos’”. G. Vattimo, *Ibid.*, p. 24

⁵ Carlos Llano define así este fenómeno epocal: “Se llama relativismo la postura intelectual conforme a la que no se dan verdades absolutas. Todo lo que pueda afirmarse respecto de cualquier cuestión en juego, se encuentra condicionado –ésta es la palabra- por el momento histórico o cultural de la sociedad a la que pertenece el afirmante o por las circunstancias existenciales concreta en que se halla en el momento de afirmarlo.” *Nudos del humanismo en los albores del siglo XXI*; México, Compañía Editorial Continental, 2001, p. 53.

y personas son declaradas desprovistas de un significado propio y pasan a revestir la significación que el individuo y la sociedad decidan asignarles. Ahora bien, para el pobre horizonte de una mentalidad lúdica y *light* el valor último de las decisiones y acciones ha de estar radicado, como es lógico, en el universo sin trascendencia del placer y la diversión.

Se entiende entonces que el relativismo junto con el nihilismo no sólo se debele como la raíz última de la violencia lúdica sino que, al absolutizar los parámetros culturales dominantes, sin dejar espacio a principios y leyes intocables que manan de la esencia del hombre, genera un clima jurídico permisivo que garantiza el triunfo de la violencia de los fuertes sobre los más débiles (Llano, 2007). Agresión en este caso incluso más cruel porque se enmascara de *legalidad*.

Llegados a este punto, conviene detenerse en el nexo fundamental que enlaza, el nihilismo, el relativismo y la embriaguez consumista, por un lado, con lo que hemos denominado *eclipse del espíritu*, por el otro. En efecto, y sin ánimo de simplificar demasiado un problema tan complejo y desconcertante como la violencia, interesa, con todo, poner de relieve que efectivamente existe un hilo conductor que vincula estrechamente las ideologías mencionadas con del eclipse del espíritu y, consiguientemente, con la violencia. Cómo esto es efectivamente así, quedará claro con lo que se dirá a continuación.

Existen interrogantes decisivos para el ser humano tales como el significado de la propia vida, el por qué de la muerte o la enfermedad; la trascendencia del sacrificio y la donación o el valor del perdón, por poner los ejemplos más relevantes. Se trata cuestiones hondamente humanas que todo hombre y toda mujer tarde o temprano se plantea, sin embargo, la actual cultura parece eludirlas o ahogarlas mediante el aturdimiento hedonista. El resultado que se sigue de esta actitud frívola y banal es un empobrecimiento creciente de nuestro ser (Girard, 2002). Efectivamente, si se acaba limitando el extraordinario potencial humano de apertura a la realidad, de creatividad y de comunicación solidaria. Si se reduce el uso de la razón a la resolución de cuestiones fácticas o, a lo sumo, se confina la inteligencia al universo de la técnica y de la ciencia, entonces comparece el hombre tecnocrático forzado a una especie de esquizofrenia vital. Dividido entre el vacío de la rutina de sus obligaciones diarias y el *vértigo* del fin de semana.

Se puede afirmar que esta unilateral visión del hombre, unida a una concepción de libertad entendida como ausencia absoluta de límites, encierra poderosos gérmenes de violencia.

En efecto, en el marco de una cultura que ha pactado con el sinsentido y que, por lo mismo, sucumbe bajo el hechizo de la tecnología y la radicalización del placer, todo lo que se podía esperar, ya se ha probado (no existe nada prohibido para la emancipación que no conoce fronteras), desfondando, así, una *esperanza* que, una vez más, ha mostrado su banalidad. Ahora sólo resta el flirteo con la muerte, el juego cruel de la violencia, que aparece como una promesa suficientemente excitante y apta para crear un espejismo de satisfacción.

Pero la falta de sentido --tan paradójicamente propagada muchas veces en el medio académico-- hunde su raíz en el hecho de haber reducido el alcance operativo de la razón al ámbito de lo verificable de acuerdo con el método de las ciencias naturales. Cientificismo se denomina esta mutilación de las funciones de la razón. Y es bajo la mentalidad cientificista que vienen siendo educados, generación tras generación, los docentes y licenciados en cualquier disciplina.

Ahora bien, si no se ofrece al ser humano siquiera la posibilidad de trascenderse, esto es, si no se le enseña el acceso al interior de personas, cosas y situaciones, a fin de dar con su significación más profunda; entonces, el fantasma del abismal vacío abocando a la desesperación permanecerá ahí. ¿Se puede dudar de la brutal violencia que entraña la ideología nihilista cuando el sinsentido constituye uno de los factores que más incidencia tiene en los casos de suicidios, especialmente entre jóvenes y adolescentes?

En suma, de querer resumir en pocas palabras todos estos desvaríos y vacíos epocales que se han venido analizando se lo puede hacer con una breve frase: *eclipse del espíritu*. La cultura contemporánea, efectivamente, se ha quedado privada de ese <<ojo del alma>> del que hablaba Aristóteles (trad. 1993), es decir, la innata capacidad humana de captar y de detenerse a meditar sobre lo esencial de la vida. Es la ceguera espiritual del *homo faber*, del hombre que ha abandonado --por considerarla superflua-- la contemplación para dedicarse exclusivamente a la producción. De ahí que las actitudes típicas del hombre hacedor de cosas sean, escribe H. Arendt (1974):

[...] su instrumentalización del mundo, su confianza en los útiles y en la productividad del fabricante de objetos artificiales; su confianza en la total categoría de los medios y fin, su convicción de que cualquier problema puede resolverse y de que toda motivación humana puede reducirse al principio de utilidad; su soberanía, que considera como material todo lo dado y cree que la naturaleza es “un inmenso tejido del que podemos cortar lo que deseemos para recoserlo a nuestro gusto”

(Bergson, *Évolution créatrice*); su ecuación de inteligencia con ingeniosidad, es decir, su desprecio por todo pensamiento que no se pueda considerar como “el primer paso [...] hacia la fabricación de objetos artificiales, en particular de útiles para fabricar útiles, y para variar su fabricación indefinidamente” (Idem); por último, su lógica identificación de la fabricación con la acción. (p. 399)

2- Educar los deseos en un horizonte de sentido

Lo expuesto hasta aquí muestra que el deseo y la voluntad desarraigados de su suelo vital, es decir, ejercidos fuera de una perspectiva de verdad y de sentido, tarde o temprano, desembocan en la irracionalidad de la violencia.

Se ha dicho que no apreciamos al objeto por lo que es, sino porque el otro lo tiene. Conviene retener la profunda desviación antropológica que entraña tal deseo. En efecto, cuando no se tiene por delante ningún camino auténtico es decir, cuando no se ha trazado a partir del propio ser, un itinerario que conduzca hacia lo trascendente, hacia un progreso vital que avanza más allá del mero bienestar material y de una pretendida autosuficiencia. En tal caso, entonces, acontece *la glorificación del yo*, en cuyo *trono* no hay espacio más que para uno mismo. Ansiar lo que el otro tiene, no es más que un síntoma del deseo desbordado de glorificación personal; de hecho, es una inclinación que se conoce desde la filosofía clásica con el nombre de *envidia*, -y cuya deriva más malsana es el *resentimiento* (Llano, 2004)- La envidia evidencia un desorden manifiesto: el de percibir erróneamente que el éxito o la superioridad de los demás opaca el yo personal.

El desear lo que el otro tiene, simplemente porque él lo tiene, y no por la valía del objeto en sí, entraña un extravío de la propia afectividad. Pues bien, si se está errado en los móviles, es decir, si la intención, está equivocada desde el inicio, entonces el resultado será, sin duda alguna, errado. No es posible vivir de intencionalidades indignas y pretender obtener de ellas resultados dignos.

<<Todo deseo es deseo de ser>>, advierte Girard (1996, p. 24) en una magnífica fórmula que puede orientar toda una pedagogía de la paz. Esa frase minúscula en extensión pero densa en significación, plantea unos interrogantes cuyas respuestas pueden encerrar todo un programa educativo ¿Deseo de ser qué? ¿Qué anhelo profundo alienta en el fondo de cada deseo humano? Es preciso contar con una visión auténticamente *humanista*, es decir, real, del ser humano si se pretende atinar con la respuesta que mejor conviene a la específica condición humana.

Una visión más humanista del ser humano es, por ejemplo, la que contradice el mutilado y falaz concepto de razón --comprendida únicamente como instrumento de la ciencia y de la técnica--. En su lugar sitúa una comprensión completa y real de la inteligencia una de cuyas funciones primordiales es el pensar meditativo. Únicamente esta actitud reflexiva fundamental, esta lucidez crítica puede revestir de sensatez y de equilibrio la innata vulnerabilidad del hombre y de la mujer frente al deseo que, según advierte la sabiduría del Estagirita (trad. 1981), <<no conoce límites>>⁶.

Se puede afirmar, por tanto, que sólo por el camino de una antropología humanista se podrá fijar algún tipo de límite a la irracionalidad emergente de una visión sesgada de la razón. En efecto, contra el vacío existencial propagado por los defensores del nihilismo urge recuperar la reflexión sabia, que es bueno aclarar, no constituye en modo alguno el privilegio de unos pocos, sino una vocación irresistible del ser humano (Dewan, 2008). Porque en todo hombre se encuentra esa capacidad de contemplar, es decir, de pensar sosegadamente y con hondura. Lo cual supone el aprendizaje de ir más allá de las *apariencias* volviéndose, así, apto para percibir lo esencial en todas las situaciones.

Es preciso rescatar al *hombre interior* que late en cada persona, de las sugerentes invitaciones a disfrutar sin límites y que representan un avasallamiento de la propia intimidad porque han conseguido institucionalizar la perpetua distracción del ser humano a través de imágenes, de atrayentes sugerencias que invitan obstinadamente a sentir, experimentar, probar, poseer. Ciertamente, esta oleada de emotivismo y de idolatría del placer efímero guarda una profunda relación con <<la incapacidad de pensar>> (p. 40) a la que alude, de modo sugerente, H. Arendt (2002) y que identifica como uno de los posibles orígenes del mal: “La incapacidad para pensar no es estupidez; puede encontrarse en gente muy inteligente, y la maldad difícilmente es su causa; quizá sea a la inversa, que la maldad tenga su causa en la ausencia de pensamiento” (p. 40).

Pero, tal como ha escrito Emile Chartier (2002), <<No hay pensamiento mas que en el hombre libre. Solo consigo mismo y libre de todo; solo con el otro y los dos libres de todo [...] La inteligencia no puede brillar por otro camino que no sea éste, y no hay educación verdadera fuera de este

⁶ Aristóteles, Política; Tr. J.Palli Bonet, Barcelona, Bruguera, 1981 , 1267b19-20: “Además, la ambición de los hombres es insaciable (...) siempre necesitan más, hasta el infinito, porque la naturaleza del deseo no conoce límites, y la mayor parte de los hombres viven para colmarla.”

camino>> (p. 237). Y es que los deseos del hombre y de la mujer, si quieren ser humanos, deben ser, por encima de todo, deseos libres, no esclavos del instinto caprichoso, ni de los parámetros culturales dominantes. Los deseos dignos del ser humano, son deseos emancipados, legítimos, impregnados de libertad y, por consiguiente, de autenticidad. Sólo será posible ponerse a salvo de esta enfermedad epocal que es la mimesis adquisitiva y, uno de sus peores vástagos, la violencia.

La educación de los deseos, supone una ascesis virtuosa (Aristóteles, trad. 1981; trad. 1993). Implica la adquisición de hábitos antropológicos buenos o virtudes que permitan rescatar la inteligencia y la afectividad del embotamiento en que la ha sumido el discurso nihilista y el permisivismo consumista.

Sin virtudes --tales como la austeridad, la justicia o la humildad-- los deseos convierten a la persona en un ser casi instintivo, pues el deseo desbordado ofusca la capacidad de pensamiento, de contemplación, de poder darse a sí mismo una pausa para pensar.

En el ser humano todo debe llevar el sello de la racionalidad, por tanto, cuando no se actúa desde el pensamiento reflexivo, se deforma también la sensibilidad a un punto tal, que queda privado de sentir humanamente, es decir, trascendiendo el plano meramente físico o material. Baste aquí apenas mencionar la preocupación manifestada por algunos psiquiatras frente al fenómeno de la denominada sexo-adicción.

Educar los deseos con miras a una cultura de la paz a partir de los presupuestos antropológicos y éticos que se han venido subrayando, significa, en suma, repensar el ser humano, la sociedad y la política a la luz de la verdad sobre el ser humano. Y el ser humano resulta incomprensible si se olvida abordarlo desde su integridad corpóreo-anímica y a partir de su condición innata de animal social o político.

Si ha insistido en la relación violencia-deseo desbordado, es porque *allí donde está peligro también está la salvación*. Sin la captación de esta conexión entre violencia y deseo, no se estaría en condiciones de ofrecer una alternativa de solución.

No es posible, ni deseable aniquilar el deseo; sin embargo, es posible y deseable educarlo contextualizando dicha educación en una conciencia cada vez más plena de lo que es la persona: un ser racional, capaz de sentido, es decir, apto para liberar los deseos de lo meramente instintivo y circunstancial.

Por tanto, educar los deseos proyectándolos hacia un horizonte de paz supone el esfuerzo de conquistar el interior --ese *lugar tan propio* y, a

menudo, tan *ajeno*--. Implica, afrontar el reto de aprender a pensar de un modo auténtico, escapando, así, del círculo vicioso de la imitación que convierte al hombre y a la mujer en esclavos de los modelos culturales imperantes.

No es más que retomar el camino de la ascesis virtuosa. Una clave de crecimiento personal y social que viene siendo propuesta desde centurias atrás. Quién sabe no sea éste el momento más oportuno de tomarse en serio la experiencia sapiencial de los ancestros en el espíritu.

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (1981). *Política*. Trad. J. Palli Bonet, Barcelona, Bruguera.
- Aristóteles (1993). *Ética Nicomáquea*. Tr. J. Palli Bonet, Madrid, Gredos.
- Arendt, H. (1974). *La condición humana*. Tr. R. Gil Novales, Barcelona, Seix Barral.
- Arendt, H. (2002). *La vida del espíritu*. Tr.F. Birulés y C. Corral, Barcelona, Paidós.
- Ballesteros, J. (2006): *Repensar la paz*, Madrid, EIUNSA.
- Chartier, E. (2002). *Charlas sobre Educación. Pedagogía Infantil*. Tr Manuel Arranx y Carmen García Cela, Madrid, Editorial Losada
- Dewan, L. (2008). *Wisdom, Law and Virtue. Essays in Thomistic Ethics*. New York, Fordham University, Press
- Fazio, M. (2002). *Desafíos de la cultura contemporánea para la conciencia cristiana*; San José, C.R., Ediciones Promesa.
- Girard, R. (1977). *Violence and the Sacred*. Tr. P. Gregory, Baltimore, The John Hopkins University Press.
- Girard, R. (1996). *Cuando empiecen a suceder estas cosas...*; Madrid, Ed. Encuentro.
- Girard, R. (2002). *La voix méconnue du réel*. Paris, Éditions Grasset & Fasquelle.
- Llano, A. (1985). *El futuro de la libertad*. Pamplona, EUNSA.
- Llano, A. (2004). *Deseo, violencia, sacrificio. El secreto del mito según René Girard*. Pamplona, EUNSA.
- Llano, A. (2007). *Cultura y pasión*. Pamplona, EUNSA.
- Platón (2006). *República*. Madrid, Gredos.
- Aquino, Tomás de (2001). Cuestión Disputada sobre la verdad, en *Opúsculos y obras selectas* (1 vol.). (Trad. y anotaciones por una comisión de los PP. Dominicos presidida por A. Osuna Fernández-Largo O.P.). Madrid: B.A.C.